

EXPERIENCIA LESBIANAS EN ABYA YALA

Kenia Pelaez

Me gustaría comenzar delineando mi lugar de enunciación, este acto da cuerpo a mis palabras e ideas. Soy una lesbiana feminista radical de ascendencia indígena nacida en las tierras de Abya Yala, no es casualidad que no utilice la palabra América Latina para dar cuenta de mi lugar de enunciación, ya que ese nombre resta sentido al tejido de mi contexto. Abya Yala es el nombre en lengua Kuna (pueblo que habita parte de Panamá como de Colombia), para significar lo que los colonizadores españoles nombraron América y tiene como definición “tierra de sangre vital”. De esta manera, soy una *lesbiana del sur*, de pueblos que han vivido y viven un constante genocidio y explotación. Digo esto no tratando de apelar a jerarquías de opresión, pues soy consciente de que hay sur en el norte como norte en el sur, por lo que describir mi lugar de enunciación, no se relaciona con medir la opresión ni pensarla en forma lineal y acumulativa, como muchas académicas o activistas supuestamente feministas lo hacen y lo han hecho concretamente para condenar mis ideas bajo esta noción jerárquica de la opresión.

Ahora bien, en esta presentación quisiera detallar mi experiencia como lesbiana radical de Abya Yala que vive particularmente en México, y exponer aquí algunos de los principales desafíos que encuentro en este contexto, no sin antes mencionar, que esta no es una experiencia singular, sino que contiene las vivencias de muchas *lesbianas radicales* que habitamos este contexto. Me gustaría decir también que soy una mujer que vivió 26 años de los 34 de su vida pensando que era heterosexual, me enamoré de hombres, tuve relaciones profundas con algunos, por lo que experimenté poner en mi origen y centro lo masculino, es decir, concebir al hombre como creador de vida, de cuerpos, de ideas, de arte, de inteligencia,

entre otros. Porque eso es la heterosexualidad, dar sentido a la experiencia de las mujeres a través de la mediación masculina. El patriarcado nos impone dicha mediación, como lo dice lucidamente Adrienne Rich, a través de instituciones coercitivas que colocan nuestro amor y devoción hacia los hombres.

Fue el feminismo radical, la lucidez ancestral de las mujeres, la que me dotó de un infinito que jamás había experimentado, no fui la única, una serie de jóvenes de mi país empezamos a descubrir nuestra genealogía, la cual nos orientó hacia un impulso radical, aquel que como describió Mary Daly, “va a la raíz de la opresión y de la salida”, esto es esencial, ya que el feminismo radical no es un diagnóstico, una medición, un análisis cuantitativo de cómo se presenta la violencia de los hombres, sino que también hay un énfasis en descubrir la salida, un movimiento, un alejarse de lo que te lleva ahí.

No obstante, estos conocimientos tan importantes para la libertad de las mujeres, en México, dentro del activismo, la academia, las instituciones del Estado, constantemente son definidos por medio de prejuicios epistemológicos, asociaciones equivocadas y tergiversaciones. Por ello, las lesbianas radicales en México actualmente nos enfrentamos a señalamientos erróneos sobre nuestros posicionamientos políticos. Por ejemplo, cuando elaboramos ideas sobre la prostitución, la transexualidad, los vientres de alquiler, la heterosexualidad, se nos define como mujeres “privilegiadas”, “blancas”, “conservadoras”, “Terfs”, “racistas”, e incluso “colonizadoras”. Esto imposibilita cualquier tipo de diálogo o conversación por quien supuestamente defiende la pluralidad de ideas, como lo es el feminismo hegemónico posmoderno. En consecuencia las lesbianas en México vivimos constantemente violencia epistémica, la cual nos sitúa en un marco de referencia en donde no somos vistas como sujetas de conocimientos, se nos niega absolutamente

la autoridad de nuestro sentir, de nuestros saberes, de nuestros puntos de vista y de nuestro lugar de enunciación, actos que simultáneamente nos deshumanizan, Miranda Fricker dice que cuando no somos vistas como creadoras de conocimientos se nos quita nuestra dignidad humana. De esta manera, reducir nuestras ideas y experiencias a marcas sociales como “privilegiadas”, “blancas”, “conservadoras”, “racistas”, etcétera, ejerce una lectura sobre nosotras desde el desprecio y esto es una agresión.

Hace poco la feminista mexicana Marcela Lagarde, referente vital para reconocer y crear avances institucionales y jurídicos en contra del feminicidio en nuestro país, fue censurada por activistas trans, en una ponencia para hablar de historia del feminismo y violencia contra las mujeres en la Facultad de Ciencias Políticas en la Universidad Complutense, España, la censura fue por plantear cuestionamientos hacia algunas directrices de la teoría queer, tarea necesaria para hacer reflexiones profundas en torno a cualquier teoría o punto de vista. Este tipo de agresiones somos las que experimentamos muchas mujeres, la mayoría lesbianas en México y en el mundo. De esta manera, nuestros conocimientos son concebidos desde una lectura equivocada y totalizante, lo que lleva a muchas lesbianas a sufrir pérdida de confianza intelectual, genera un contexto inhabilitante de nuestra valentía epistémica tan necesaria para nuestra libertad, como dijo Mary Daly: “valentía llama valentía”, y estas agresiones niegan esta transcendencia, tal es su impacto que muchas lesbianas deciden no adentrarse en nuestra genealogía política por temor a ser categorizadas desde estos estereotipos, en el mejor de los casos, pero en otros, a experimentar la censura, perder su trabajo, perder posibilidades económicas, entre otras.

Hace poco leí un comentario en la red social X que citaré para dar cuenta de este contexto: el texto dice: “un chingo de activistas, colectivas y organizaciones TERFs ya aprendieron a no decir públicamente sus posturas porque les ha significado cierre de espacios y que no les den lana”, después elabora una lista de “acciones sospechosas” para identificar estas organizaciones, sobre todo de lesbianas, y de esta modo imposibilitar que podamos acceder a recursos económicos vitales para la vida misma. Paradójicamente, y este punto es crucial para mí en esta reflexión, son las personas que promueven estas acciones son las que tienen los recursos simbólicos y materiales, como dinero del Estado, financiamientos internacionales, puestos importante dentro de instituciones y universidades, becas, premios, publicaciones, recursos que son obtenidos gracias a promover el pensamiento patriarcal y capitalista, que sí impulsa el pensamiento único y el dogmatismo. Acciones resultan bastante conservadoras.

Por eso estas definiciones para sancionar la existencia lésbica son una estratagema que anula nuestras elaboraciones epistémicas y transformaciones, es decir, esta violencia nos imposibilita la palabra y por ende nuestro hacer simbólico; niegan nuestra voz, nuestro lugar de enunciación, nuestra humanidad. Las nociones que existen en México sobre las lesbianas radicales van desde que somos mujeres sin conciencia política, que nos lavaron la cabeza, que nos equivocamos en nuestros niveles de análisis o que nos copto el pensamiento blanco. Por supuesto que leemos a nuestras hermanas de otros contextos, hermanas que nos dan luz para mirar la opresión, sin embargo, aquellos que nos señalan desde una superioridad moral por referirnos a nuestra genealogía ¿de qué nos hablan? Cuando sus bases teóricas son hombres pedófilos y blancos como Michel Foucault o mujeres privilegiadas como Judith Butler. Como mujer de ascendencia indígena,

me parece una total agresión que se me categorice de esta manera, pues provengo de un contexto periférico, de una clase social popular, que se ha enfrentado a la precarización, al racismo y al sexismo de este mundo neoliberal y patriarcal.

Todo esto, afecta la experiencia lésbica en México, pues aleja a las mujeres de la posibilidad de amar a otras mujeres y de esta manera de experimentar la vida desde el placer clorótico. Es importante decir que históricamente la existencia lesbiana ha sido un símbolo de rebeldía, una muestra de afinidad y potencialidad creadora para las mujeres. La lesbiandad es, sin duda alguna, un ejercicio de autonomía pensante frente a la civilización patriarcal, la cual vive y ha recorrido los lugares más insólitos, su potencial radica en gestar un punto de vista diferente, una visión desde el límite, como lo dice Harriet Desmoines, cofundadora de la revista *Sinister Wisdom*, es la forma en la que una mujer dibuja un círculo alrededor de su psique, dice “esta es mi habitación propia”, trazando así la consciencia lesbiana. O cómo lo diría la poeta colombiana *tatiana de la tierra* “la forma de la lesbiana es la pieza perdida del rompecabezas -es la pieza que jamás encuentra su lugar. como ella es dueña de su figura, la lesbiana no figura en el paisaje con el resto de las piezas”.

Muchas veces cuando me he dispuesto a discutir y reflexionar sobre cualquier idea que se considere “radical”, soy anulada, me acusan de no tener pensamiento propio, incluso de ser violenta y por supuesto una mujer blanca, repito ¿de qué nos hablan? Son sus marcos epistémicos los que están asentados en los procesos globales, ellos apelan al individualismo y al capitalismo con una pretensión concreta de *universalizar relativizando* por medio del supuesto reconocimiento de la pluralización de sujetos, reconocimiento que no abarca las epistemologías lésbicas. El feminismo posmoderno supuestamente rompe con el sujeto de la historia,

supuestamente partiendo de la multiplicidad, el asunto es que el feminismo radical siempre fue plural, nunca ha negado las opresiones de raza, de clase, repito ¿de qué nos hablan? El feminismo posmoderno es una herramienta de manipulación por parte del patriarcado que se ejerce por medio de la violencia epistémica, ellos promueven una superioridad epistémica, en donde las ideas, las reflexiones, los análisis de lesbianas radicales son visto como inferiores, malos, odiantes. Además, las lesbianas del sur no somos descerebradas, tenemos nuestras propias elaboraciones, somos sujetas de conocimiento.

Un ejemplo en Abya Yala, en el que se manifiesta este *universalizar relativizando* que despolitiza el feminismo y que surge desde el posmodernismo, es lo han hecho algunas autoras para estudiar el feminicidio, tema bastante importante en México donde diario aproximadamente 11 mujeres son asesinadas por hombres, ahora nos dicen que esta categoría tan importante para la lucha de las mujeres ya no es relevante en el contexto actual. Rita Laura Segato, en este caso, propone usar la categoría “femi-geno-cidio” para nombrar la acción de crímenes sistemáticos e impersonales que buscan la destrucción de las mujeres y agrega “**hombres feminizados**” en América Latina. Afirma que existe un cambio en la escena tradicional del feminicidio por esta región, pues existe una baja en los asesinatos de mujeres cometidos hombres con los que tenían algún tipo de relación, feminicidios causados por la heterosexualidad, reafirmando que no hay una relación directa entre asesinos y víctimas. De esta manera argumenta que femicidio y feminicidio ya no son categorías útiles en el plano jurídico dado que sólo engloban los casos que ocurren en la escena íntima, es decir, supuestamente hace una “privatización de la violencia de género”. Noción que es errónea pues esta categoría también engloba los casos de asesinatos a mujeres que no tenían un vínculo concreto con el asesino.

Lo que pasa es que esta categoría **sólo se centra en la experiencia de las mujeres.**

No obstante, aunque es verdad que existe una variedad de motivaciones en los casos de feminicidio y que opera contextualmente, la afirmación de que la mayoría de los feminicidios en Abya Yana son impersonales es falsa, ya que en el índice más alto de estos casos se encuentran los cometidos por personas cercanas a las víctimas, como lo muestran los datos presentados en el Estudio Mundial sobre Homicidio (2013), y en el informe de La Violencia Feminicida en México. Aproximaciones y Tendencias 1985-2016 (2016), por lo que no se puede afirmar que exista tal disminución, por el contrario, estos casos permanecen punteros y latentes.

Yo pienso que al expandir la categoría feminicidio para dar cabida a **“hombres feminizados”** modifíco sus cifras, aumentando los casos impersonales, pues la mayoría de los asesinatos a hombres son impersonales, y estos son cometidos por otros hombres, de esta manera omite la realidad socio-histórica de un grupo que es explotado y apropiado: las mujeres. Es necesario precisar y no confundir, no *universalizar relativizando*, pues aunque hombres se encuentran oprimidos, sus causas son por otros sistemas de opresión como el racismo, el clasismo y el colonialismo; en tanto, el feminicidio en sí es una categoría que busca analizar y visibilizar el asesinato de mujeres. Decir esto, en algunos espacios es un terrible acto de odio, pero si no podemos buscar los comunes ¿cómo podemos articularnos?, ¿cómo podemos hacer potencia común?, las mujeres compartimos experiencia sy eso no es universalizar, no podemos ampliar la categoría de feminicidio a hombres feminizados por que despolitiza nuestras luchas y como argumenta la feminista nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie:

si has vivido en el mundo como hombre con los privilegios que el mundo concede a los hombres, es difícil para mí aceptar que entonces podamos equiparar su experiencia con la experiencia de una mujer que ha vivido desde el principio como una mujer y que no ha recibido los privilegios que los hombres tienen.

Me gustaría terminar señalando que las lesbianas en Abya Yala elaboramos propuestas epistémicas valiosas, por ejemplo Yan María Castro, lesbiana feminista mexicana, que posee el archivo más extenso de la existencia lésbica en México. O por ejemplo la editorial LesVoz que continuamente hace un trabajo de publicación de mujeres lesbianas, incluso acaban de publicar un libro traducido al español de Sheila Jeffrey. O también Dorotea Gómez Grijalva lesbiana maya, que reflexiona sobre ser una lesbiana en un contexto indígena y las adversidades que eso representa, ella por ejemplo dice:

Decidí asumirme vivirme lesbiana feminista, porque para mí ser lesbiana adquirió un significado especial en mi opción política y espiritual, de apostarle a la descolonización patriarcal desde mi cuerpo y mi sexualidad.

Y de esta manera, me propongo seguir respetando la particularidad del estilo rítmico y vibrante de este cuerpo con el que toco la vida.

También están por ejemplo una serie de colectivos lésbicos que constantemente crean reflexiones importantes sobre la libertad de las mujeres como *Feministas Lúcidas* en Chile, *Resistencia Lésbica* en México, *Hiladas* grupo de lesbianas que formo Uma Conti desde Uruguay, entre otros. Las lesbianas feministas en Abya Yala somos sujetas de conocimiento, creamos, discutimos,

generamos propuestas epistémicas y también somos conscientes de nuestros posicionamientos políticos, aunque eso hace que nos enfrentamos reiteradamente a la violencia epistémica.

Y me gustaría decir que la violencia epistémica no sólo es una cuestión que tienen importancia en las universidades, pues toca todo el tejido social, lo vemos repetitivamente en la cultura y es una forma en la que se ejerce la imposibilidad lesbiana. Es una estrategia que ha usado el patriarcado para controlar nuestro ser, es una de las armas más atroces contra las mujeres, la cual tiene diversas formas de manifestarse, a veces es sólo el silencio, la no referencia, la quema de archivos, los señalamientos por medio de agresiones y estereotipos, el borrado de nuestra genealogía, y, por su puesto, están sus expresiones más sádicas como la violación o el feminicidio. Nosotras las lesbianas, en palabras de Margarita Pisano, tenemos saberes importantes que “nos colocan fuera del orden simbólico existente, no fuera del mundo. Porque el mundo nos interesa y nos interesan las que lo habitan”.